

Apátrida, doscientos años y unos meses, de Rafael Spregelburd

por Liliana B. López

Ficha técnica

Dramaturgia: Rafael Spregelburd.

Actúan: Rafael Spregelburd, Federico Zypce.

Música: Federico Zypce.

Voces en off: Erik Altorfer, Félix Estaire de la Rosa, Pablo Osuna García, Ruth Palleja, Mónica Raiola, Zaida Rico.

Escenografía e iluminación: Santiago Badillo.

Fotografía: Gabriel Guz, Ale Star.

Asesoramiento histórico: Viviana Usubiaga.

Asistencia de producción: Magdalena Martínez.

Asistencia de dirección: Gabriel Guz. Dirección: Rafael Spregelburd.

Espacio: El Extranjero.

En esta singular apuesta, Spregelburd oficia el triple rol de dramaturgo, director y actor, con más presencia que otras veces. Como esto fuera poco, asume diversos roles: será, a un salto del espacio escénico, el pintor Eduardo Schiaffino o el crítico español Eugenio Auzón, el “apátrida” en cuestión. Una promisoría gimnasia, no sólo para el escenario teatral: su dinámica podría extenderse hasta contagiar otras esferas de la vida social y política. Se trata de colocarse en el lugar del Otro: artista/crítico, extranjero/nativo, o viceversa, para traspasar (aunque sea momentáneamente) la posición propia. Claro que podemos remitirnos a la presencia de una matriz brechtiana: hay presentación, más que representación. Y sobre todo, por el plano sonoro, de allí su propia calificación de *Sprechoper* (ópera hablada). Federico Zypce genera un mundo (o varios) a partir de la música y los sonidos, tanto grabados, intervenidos, como generados, ampliando los espacios y traspasando las temporalidades. Desde el Himno Nacional a la cortina musical de los almuerzos de Mirta Legrand, juega con la memoria auditiva de los espectadores y amplía sus posibilidades imaginativas.

La anécdota, surgida de una investigación de Viviana Usubiaga, sitúa la acción en 1891 y coloca al arte como el objeto en discusión: según la profecía de Auzón, no habrá arte argentino hasta dentro de “doscientos años y unos meses”. Para Schiaffino y sus pares, éste ya existía, y parecían probarlo las redes institucionales: curadores, museos, exposiciones, viajes de estudio a Europa, temas y motivos nacionales. El teatro se cruza con la figura del Juan Moreira y las discusiones sobre sus representaciones icónicas. Las viejas y nuevas discusiones sobre el arte y la moral, el arte y el gusto, el arte y la nacionalidad, lo culto y lo popular, serán llevadas a extremos insólitos para los tiempos que corren: del duelo epistolar se pasará al duelo físico, en el que Auzón hiere a Schiaffino.

Más allá de la anécdota, invita a pensar en las relaciones entre el crítico, el arte y el público. Auzón le propone al artista crear una distancia entre ellos, “Porque la crítica sincera debe prescindir de la amistad, de relaciones; no será jamás su amigo. Ni usted mío. Tracemos esta zanja maloliente. El mundo del arte no es mundo social”.

Si el lugar del crítico, entre los artistas y el público, se constituye en una relación de alteridad permanente, ese triángulo no debería ser un *ménage à trois* ni un ejercicio de francotiradores. Las posiciones serán irreductibles, pero el ejercicio imaginario de colocarse en el lugar del otro (sin saltar la zanja, manteniendo la distancia crítica) puede resultar tan apasionante y divertido como este espectáculo.

Apátrida, doscientos años y unos meses se estrenó como *work in progress* en agosto de 2010 en el Auditorio del Goethe-Institut Buenos Aires junto a *Meiringen, Milagros* del dramaturgo suizo Raphael Urweider, como parte del proyecto “Dramaturgias cruzadas”, que integraba obras de autores argentinos y europeos, y su estreno definitivo se realizó el 20 de marzo de 2011 en el teatro El Extranjero.

